

R

Núm. 217

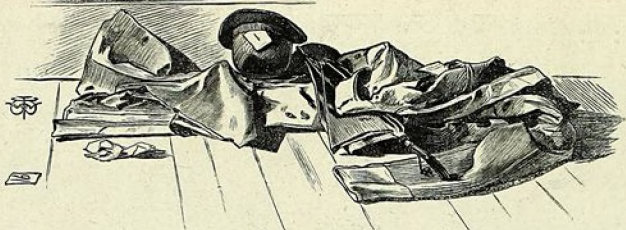
Reg. 1046

EXHIBICIÓN
MUNICIPAL**IRIS**

Ayuntamiento de Madrid

BARCELONA, 4 JULIO 1909

85 CÉNTS



LA SEMANA

El que vive en Barcelona y se queja de aburrirse es que está en el limbo. Las emociones se suceden con una rapidez capaz de quitarle el *spleen* al inglés más fastidiado de la vida.

Cuando no son fiestas son huelgas; cuando no son huelgas son episodios de todo género, que mantienen despierta lo menos por un día la curiosidad del público.

Ha poco nos hallábamos bajo el imperio de una holgor-manía (*huelga* viene de *folgar* y se emplea también bajo la forma de *juerga*). Había huelga de zapateros, de remendones, de pica pedreros, de albañiles, de descargadores de carbón, de carreteros, de tranvías y no recuerdo cuantas más; desde luego tengo por seguro que todas ellas reconocían un motivo legítimo, pero aun así hay que reconocer que no deja de ser extraña la suma frecuencia con que estallan huelgas en Barcelona.

Afortunadamente se han solucionado ya, y nos hemos escapado del estado de guerra.

Al Gobierno no le preocupa, sin embargo, por lo que se ve lo que ocurre en Barcelona, y se comprende, pues harto tiene que hacer con la tremenda, violenta, ruda, atroz, formidable, pavorosa, horripilante y descomunal campaña que hacen en el Congreso los treinta y cuatro *Dantones* enviados allí por el cuerpo electoral. ¡Que empuje tienen! No se explica que el régimen pueda resistir un día más a sus furiosos ataques.

Se ha discutido en el templo de las leyes la cuestión Blasco Soriano, y los periódicos, que se callan tan buenas cosas, han dedicado páginas y más páginas, de letra del 7, a reproducir los discursos pronunciados sobre, en, con, por, sin de la cuestión susodicha, que recuerda la un tiempo famosa del *Sleswig Holstein*, que todavía no ha llegado a entender nadie. ¡Y que divertido es eso!

El gran Zacconi prolongó por unos días su estancia en Barcelona contándose por llenos fenomenales, a pesar del calor, las representaciones que ha dado en el teatro Romea. Zacconi es hoy el primero de los más ilustres actores del mundo, y no le va en zaga la Sra. Oristina, cuya interpretación de *Desdémona* entusiasmaría a Shakespeare que rescitara.

Asimismo alcanza merecidos aplausos la compañía Mariani, merecedora del más profundo agradecimiento por haber dado a conocer una de las comedias más admirables del teatro moderno: *La felicidad en un cantuquio*, original de Sudermann. En cambio resultó un fracaso *Arléquin Rey*, del austriaco Lothar, puesto en escena por la compañía Mendoza-Guerrero, tan favorecida por la *high-life*, no pudiendo decirse lo mismo de las demás *lives*.

En el Tivoli se estrenó una zarzuela calificada de bufa, original de D. Sinesio Delgado, música de los maestros Vives y Morera, con el título de *Su Alteza Imperial*. Sin ser cosa del otro jueves, puede pasar, pero la perjudican mucho el recuerdo de *El rey que robó*, y las aclamaciones del final, que a buen seguro paralizan muchas manos y cierran muchas bocas.

Están ya al caer las *imperiosas*, lo cual quiere decir que los prestamistas andan atareadísimos tomando inventario de los muebles de no pocos veraneantes, adelantando dinero sobre pagas y diciendo pagarés. ¿Qué se diría de la familia Pérez si no saliera a tomar baños y del Excmo. Sr. Martínez si no se dejara ver por San Sebastian? ¡La cárcel... y el presidio antes que representar un papel ridículo! (Se dan casos).

Parece que está en puerta para ser académico de la Española el aplaudido autor D. Ricardo de la Vega, pero no en concepto de sainetero sino de hijo de D. Ventura. Por donde se ve que para ingresar en la Academia da lo mismo escribir *La Muerte de César* que *Pepa la frescachona*. De todas maneras, aunque la elección no nos parezca admirablemente acertada recae en persona de merecimientos infinitamente superiores a las de muchos actuales académicos, comenzando por el Sr. Villaverde y acabando por... ¡naturalmente! Catalina.

ARGOS

BARCELONA: LA FIESTA DE LOS MERCADOS

El fracaso de la *batalla de flores* hacía temer que el resto del programa no corriera igual suerte, pero afortunadamente no ha sido así, antes bien la *Fiesta de los Mercados* ha sido una verdadera revelación del inmenso partido que se puede sacar de tan importante elemento, principalísimo en las mayores capitales de Europa cuando de públicos regocijos se trata.

Todos los mercados, excepto el de Santa Catalina, tomaron parte en la fiesta, compitiendo los vendedores en el adorno de sus puestos, con la particularidad de ser general el buen gusto demostrado en la decoración de cada uno.

En el mercado de la Boquería, ó San



DECORACIÓN DEL MERCADO DEL BORNE

feliz decorado, constituido por caprichosos adornos de flores, frutas, verduras y hortalizas.

En el mercado de San Antonio llamaban la atención los puestos adornados con flores y ramaje bajo un caprichoso toldo de papel picado. En el del Borne se puede decir que los vendedores echaron el resto: todos los puestos estaban adornados con flores, guirnaldas, papeles de colores, y se pasaba por las naves bajo arcos de follaje y papel picado. Los primeros premios fueron para Rosa Alemany y Francisco Puig, vendedores de carnes, que adornaron su puesto con grandes ramos de flores colocados caprichosamente; Dolores Carola, vendedora de ternera, puesto adornado con flores artificiales; Pascual Segarra, puesto de verduras y frutas, en donde entre un bosque de hojas, se destacaba un cazador, y María Pujol Cadena, vendedora de mariscos, adornado el puesto con conchas y dos grandes pechinas, artísticamente combinadas.

En el hermoso mercado de la Libertad (Gracia), se ofrecía a la vista un brillante conjunto multicolor. Las calles que forman los puestos se hallaban totalmente revestidas de banderas y flores, mientras



MERCADO DE LA CONCEPCIÓN

José, alcanzó el primer premio Luis Matutano, que presentó una barraca hecha toda ella de patatas, perfectamente construida, obra de Ricardo Blasco. El segundo premio lo obtuvo el puesto de Julita Lloveras, adornado con flores y hortalizas, y el tercero José Mercadal, que presentó su puesto de aceitunas adornado con flores, colocadas con exquisito arte. Concedióse el accésit á Francisco Ojeda, comisionista de frutas, que construyó una hermosa gruta de ramaje y flores. Hay que decir, sin embargo, que todos los puestos se distinguían por su



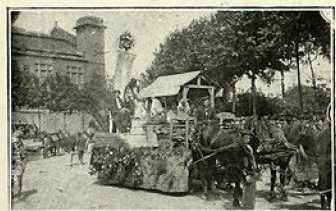
MERCADO DE SAN ANTONIO



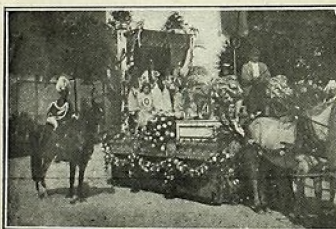
CARROZA DE LA CONCEPCIÓN



CARROZA DEL MERCADO DE SAN JOSÉ



CARROZA DEL MERCADO DE LA REVOLUCIÓN DE GRACIA



CARROZA DEL FOMENTO DE FIESTAS

que en lo alto formaban vistosa techumbre las ondas de papel picado policromo. Todos los puestos llamaban la atención, pero más especialmente los de venta de bacalao.

En el mercado de la Concepción eran objeto de generales elogios el puesto de Josefa Gregori, que formaba un túnel de flores y papeles de color, los de los vendedores de bacalao Angel Gregori y Vicente Casamitjana, que lo tenían adornado con gran número de aquellos *objetos*, orlados de flores y ramas y otros muchos, decorados con flores, vasos de color y mariscos.

El mercado de la Revolución (Gracia) se mostró algo retraído en el adorno, como si quisiera reservar su rumbo para la carroza de la cabalgata.

El mercado de Sans realizó verdaderos milagros, venciendo con el ingenio la falta de belleza estética del local, de tal manera que la plaza presentaba un efecto soberbio. Constituían el motivo de la ornamentación el verde y rosa pálido, completando el adorno un sinnúmero de escudos y banderas. Las columnas de sostenimiento de la techumbre aparecían revestidas de follaje, flores y cadenetas de papel que armonizaban admirablemente con el alegre fondo del mercado.

La cabalgata, efectuada la tarde del día de San Juan superó todas las esperanzas, contribuyendo á su mayor brillantez lo espléndido del día.

La carroza del mercado de San José ostentaba á un lado, bajo un dosel amarillo, una mujer sentada sobre un trono, que sostenían dos buyes. En el centro había un grupo muy bien combinado representando la pesca, y á otro extremo un gallo representando la volatería y artísticos grupos de fratas.

En la carroza del mercado de Sans sentábase en la parte delantera una mujer representando la Agricultura y detrás figuraba una embarcación representando la pesca.

La del mercado de San Antonio, en su base, formaba una artística combinación con los productos que se expendían en el mercado, y sobre una columna aparecía una reproducción del mercado que daba nombre á la carroza.

La del mercado de la Libertad estaba constituida por un grupo de cuatro mujeres; una de ellas simbolizando la Libertad, y alrededor las otras tres mujeres, que representaban la Agricultura, la Industria y el Comercio.

La del mercado de la Revolución, de Gracia, la formaban dos grupos simbolizando el mercado antiguo y el mercado nuevo.

La del mercado de la Concepción, magnífica y eminentemente artística, llevaba cuatro Famas en los ángulos, y en un grupo, donde figuraba el escudo de España y tenía como remate un grupo de ángeles que sostenían el cuerno de la abundancia, figuraba una mujer sentada sobre una concha.

La carroza del Fomento Festival era la de más composición: en un trono aparecía una figura representando á Barcelona, rodeada de otras tres

alegorías: la Agricultura, la Industria y el Comercio. Al frente había dos leones y en el centro un heraldo sosteniendo la bandera del Fomento.

Todos los proyectos de carrozas eran del señor Chia, menos el de la carroza del mercado de la Concepción, que era del Sr. Vidal.

El jurado concedió el primer premio á la carroza del mercado de la Boquería; el segundo á Sans, el tercero á San Antonio, pero nuestro deber de imparciales cronistas nos obliga á hacer presente que ha habido fuertes censuras por no haberse concedido premio á la carroza del mercado de la Concepción.

Por la noche se celebró un gran baile en el Frontón Condal, habiendo sido proclamada reina de la fiesta la joven vendedora del mercado de San José Carmen Moragas.

De esta fiesta de los Mercados se ha sacado una provechosa enseñanza y es que no hay que contar para nada, en Barcelona, con las clases adineradas. Estas se divierten y hacen ostentación de sus caudales en otra forma: una casa con una llamativa fachada, bien ostentosa, con muchos miradores, columnas, grandes cristales, estatuas, follajes, dorados, cúpulas y herrajes; no importa que penetrando en el interior no se de con ninguna obra de arte, con ninguna biblioteca y quien sabe á veces si con ningún tintero que tenga tinta ó con ninguna pluma que no esté oxidada.

Viene luego el coche, cuanto más lujoso mejor, con muchos arcos y mucho barniz; sigue el palco en *Liceo*; panteón, y que no falten grandes esquelas mortuorias, con la correspondiente bendición apostólica. El vestido importa mucho, y lo mismo las joyas, que se puedan ver desde muy lejos. Y con eso, y un veraneo baratito en la torre quedan satisfechas las ambiciones de nuestros *Lorenzo el Magnífico*.

No será raro que en la batalla de flores, si se cae un ramo al suelo hagan bajar al lacayo á recogerlo. ¡*Malenguanyat!* Preguntarles por tal pintor, por tal libro, por tal ópera, por tal sinfonía, por tal exposición es hablarles de la provincia de Fu Kiang, por no decir de la China. No ha mucho se dieron en el salón del palacio Bellas Artes tres interesantísimos conciertos históricos, á beneficio de la reparación del monasterio de San Caeufate del Vallés. Pérdida seca: cuatro mil duros. No había quien se gastase un duro por una silla. Viene Zaccotti, y le dejan que hable solo; vuelve éste, se mete en un teatro



CARROZA DEL MERCADO DE SAN ANTONIO



CARROZA DEL MERCADO DE LA LIBERTAD

popular, y cuenta las representaciones por llenos.

Tal es el Creso barcelonés, refractario en absoluto á toda manifestación de cultura.

En cambio, el teatro Romea estaba lleno de *clase obrera*, que en vez de ir á los toros prefería admirar al insigne actor italiano, y en estas fiestas del Mercado, por el rumbo desplegado por los vendedores, por el buen gusto de los adornos y de las carrozas y por la alegría de cuantos tomaron en ellas púdo-se ver donde se refugia la cultura y la verdadera elegancia, que no es el empaque del advenedizo ni la tuesura de la señorona, hecha un pino de oro, sino la gracia, la sencillez y el espíritu sociable.

Esta es la verdad, y si el retrato ha salido medianamente simpático, cúlpese al original y no al pintor.

JULIO CARRIÓN



REPANTO DE JUGUETES Á LOS NIÑOS ASILADOS

MUERTE ALEGRE

Manolin había nacido en la provincia de Lugo un martes de Carnaval, y quizá por nacer en dicho día, vino al mundo con la cara más rara que pudiera imaginar un Pierrot ingenioso para sus travесuras de circo.

Su madre, que siempre había sido arisca, gruñona y seria, cambió por completo de carácter desde el nacimiento de Manolin. Reía constantemente, y las malas lenguas atribuían el milagro, no á los encantos que la maternidad proporciona, sino al semblante del chiclelo, rarísimo conjunto de imperfecciones que acallando los sentimientos de piedad despertaban la risa franca. Baste decir que el día del bautizo los concurrentes al acto se volvieron locos de alegría, como lo prueba el que

á Manolin, y un inglés famoso en la comarca por su seriedad indiscutible, vió una vez al muchacho y desde entonces empezó á hablar en «caló» y á bailar tangeros haciendo las mayores demostraciones de júbilo.

Transcurrieron años, Manolin fué creciendo y su madre lo llevó á la escuela, pero el maestro le tuvo que prohibir la entrada porque los demás niños no podían contener la risa, y él mismo, queriendo aparentar seriedad, le fué de todo punto imposible, hasta el extremo de no saber lo que se hacía, pues se dió el caso de coger á Manolin por las narices creyendo que agarraba un puntero.

Al entrar en quintas le tocó servir en un regimiento de dragones y el coronel se vió obligado á sacarle de asistente para mantener la seriedad del uniforme y no quebrantar la disciplina.

La fealdad de Manolin tenía «ángel», no era de los que espantan, sino de los que alegran el espíritu, y á fin de que nadie ponga en duda lo que afirmo referiré lo siguiente:

El día que llegó á Madrid, se cruzó en la carretera de Segovia con el entierro de un notable político que legó á «los suyos» varios millones de deudas. Los viejos del Asilo de San Bernardino predecían el fúnebre cortejo; detrás marchaban los cantores, el clero parroquial, la carroza y la presidencia del duelo compuesta por la familia del finado y un obispo. Apenas los de la comitiva vieron á Manolin empezó el jolgorio; los viejos del Asilo bailaban el can-can y tiraban al alto sus gorras gritando:

—¡Viva la Pepa, que viene el Carnaval!

Los cantores dejaron de entonar el *De profundis* para cantarse unos «tientos» mientras el clero parroquial batía las palmas y la familia del finado murmuraba á media voz: «Arza y toma que tengo un minino...» En fin, que escándalo se armaría que hasta el cadáver, sentándose en la caja, se dirigió al cortejo diciendo:

—¡Se suplica la formalidad!

Pero en aquel crítico instante vió la cara de Manolin y se volvió á morir de risa.

Días después de este suceso es cuando entró al servicio del coronel Rompelanzas, caballero agobiado de deudas, con cinco retenciones en turno, siete cuñadas y dos suegras. Solo en una casa como esta podía haber vivido Manolin sin que los inquilinos estuviesen riendo á todas horas.



ni el sacristán ni el cura quisieran cobrar sus honorarios y se dieran por muy bien pagados con el excelente rato que pasaron al bautizar al chico.

El boticario del pueblo, que padecía de reuma y de dolor de estómago, se curó radicalmente por haber tenido la fortuna incomparable de apadrinar

No obstante, el carácter de los nuevos amos del asistente se dulcificó mucho por la influencia que en ellos ejercía.

Manolin se encargó de hacer la compra.

El primer día llevó para el almuerzo unas perdes.

—¿Cuánto te han costado?—preguntó隆重 Rompelanzas.

—Tres pesetas,—respondió Manolin.

—¿Y cuanto te pidieron por ellas?

—Tres pesetas.

—Pues mira, cuando vayas á comprar otra cosa no des nunca lo que te pidan al principio, regatea, para que te den el género á menos precio.

—Está bien, mi coronel.

Salíó Rompelanzas á pasar revista de comisario y momentos después resonaba estrepitosamente la campanilla de la puerta.

Manolin abrió.

Era el cartero.

—¿Qué desea usted?

—Traigo tres cartas para D. Pedro Rompelanzas. Abi van y vengan quince céntimos.

Manolin se acordó de lo que el coronel le había dicho y sin titubear ni un momento replicó:

—¿Quince céntimos? ¡Quiá! No le doy á usted más que siete. Conque si quiere usted deja las cartas y sino se las lleva.

Cuando regresó á su domicilio las entregó todas á Rompelanzas.



—Abi tiene usía sus cartas,—dijo,—y cinco más que le he «sacao» por los quince céntimos.

El coronel no sabía que hacer; si indignarse ó reirse del acto de Manolin. Optó al fin por lo último, y, entregando al asistente las cartas que no eran suyas, le ordenó que las devolviese al cartero.

—¡Ca, no señor!—exclamó Manolin.—Si usía no las quiere se las mandaré á mi madre, que probablemente no tendrá ninguna.

La contestación fué causa de que Rompelanzas reventase de un acceso de risa dejando una vacante en el escalafón.

Y vean los lectores como la alegría puede matar lo mismo que el dolor.



El cartero miró asombrado á Manolin, soltó la carcajada y se alejó diciendo:

—Alíviate y cuando se te pase la «curda» vas á mi casa á recoger las cartas.

Horas más tarde regresó Rompelanzas.

—¿Ha venido alguien, Manolin?

—El cartero, mi coronel. Tres cartas traía para usía y me pidió quince céntimos; le ofrecí siete y no las quiso dejar.

—¡Bárbaro!—gritó Rompelanza enfadándose por vez primera con Manolin.—Ya estás á buscarlas ¡á escape!

El asistente echó á correr.

Jadeante llegó á casa del cartero.

—Déme usted las cartas,—le dijo, y mientras el funcionario las buscaba entre un montón de ellas, Manolin le sustrajo cinco de otro de los montones que había sobre la mesa.

CHISMOSILLO

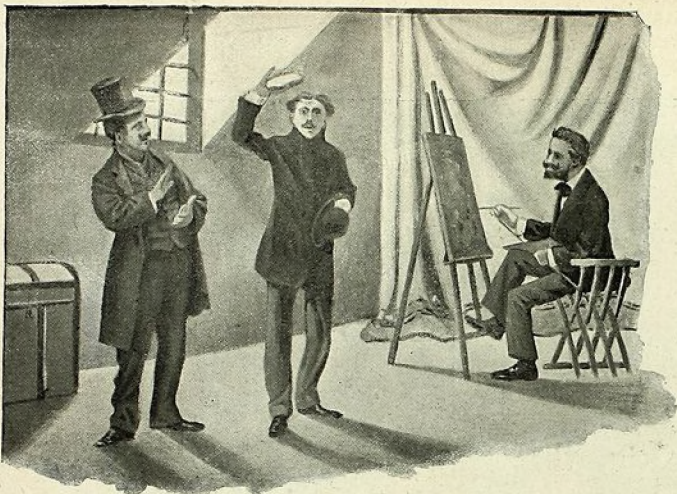
(Dibujos de J. Xaudaró)





CALABAZAS, cuadro de Max Volkhart

Ayuntamiento de Madrid



SIN MUJER

Eran tres amigos, ligados por la fraternidad del arte, Juan, Pedro y Pablo. Consagrábase Juan á la pintura, Pedro á la poesía y Pablo á la música. Y llegados los tres á Madrid, cada uno por su lado, alentados por los divinos ensueños de la gloria, á los pocos momentos de conocerse, establecíase entre ellos uno de esos afectos desinteresados y entusiastas, propios de la edad juvenil, en que sólo habla el corazón, modulando, en todas las circunstancias, aun en aquellas en que se clavan en los pies, perseguidores de aventuras, traidoras y punzantes espinas, un cántico de desenfadado regocijo.

Huelga decir que los tres eran pobres, con esa pobreza horrible, hermana de la miseria, por la que suelen pasar al principio la mayoría de los audaces conquistadores de la fama. Pero, si algún tormento podía á veces afligir á aquellas almas nobles se dulcificaba siempre con la magia que ofrece el futuro encantado.

Enlazados por un mismo ideal, el ideal de la gloria, decidieron vivir juntos, bajo un solo techo, compartiendo penas y alegrías, hartazgos y hambres. No eran largos sus recursos, aunque sí sus buenas voluntades. La corriente era la falta de aquello que constituye la base principal donde cimenta la humanidad su ventura. Pero, esta propia carencia de lo más necesario resultaba para ellos, por contraste, una fuente inagotable de inesperadas dulzuras. Como no siempre había pan en su mesa, cuando lo había, este hecho por sí, tan ordinario é inapreciable para las personas felices, venía á ser para los tres artistas un suceso culminante. La venta de un cuadro, la publicación de unos versos, la adquisición de un discípulo de sopleo, eran para el pintor, para el poeta, para el músico, casos sublimes, festejados con suprema alegría.

¡Con que contento y algarazara celebraron su instalación en una común vivienda! Eligieron una amplia buhardilla; y allí, decoradas las paredes de la mejor y más iluminada sala, establecieron el estudio de pintor, el gabinete del poeta, el nido del músico, valiéndose de cuantos ornates extravagantes encontraron á mano. No faltaron telas viejas, adquiridas á bajo precio en prenderías y casas de préstamos, que hicieron las veces de pintorescos tapices. No había mueble entero; los asientos, la mayoría, eran sofás y divanes, desvencijados, mugrientos, rotos y deslucidos. Las camas eran catres, y había sólo un colchón para los tres amigos, que utilizaban por turno riguroso cada noche. En suma, la habitación de los tres bohemios tenía más aspecto de prendería que de vivienda. Pero, así y todo, con su desorden y pobreza, aparecía risueña y simpática, retratando á sus juveniles moradores.

La
risima
aceitu
fué el
la mej
caden
leyen
etique
cijadis
votos
Per
de cel
mismo
cual se
sueños
en cua
co el n
ducia
pronto
ra. Se
muy i
compl
cual p
llo vag
so, qu
pero i
piritu
otro s
deseco
en res
Un día
—T
triste
otros.
—Y
—Y
Res
poeta
—E
—aha
impos
amist
na. Es
es mi
Y l
—R
—M
El
—E
invito
Y f
das y
y á su
poco
hogar
abism
—C
nos ta
Ta
instin
del ar

La noche de la inauguración de su «palacio artístico», como pomposamente llamaron a su singulárisima morada, hubo un pequeño gaudeamus. Se trajeron varias botellas de vino, embutidos, queso, aceitunas, huevos cocidos; y en un mediano barreño se aliñó una ensalada de escabeche. El pintor fué el encargado de decorar el «salón de recepción», colocando los pocos adornos de que disponían de la mejor manera posible. El músico echó mano á su violín, y tocó inspiradas melodías, á cuyo compás cadencioso se bailó después de la cena. El poeta también mostró sus habilidades, componiendo y leyendo unos versos alusivos al acto. En las invitaciones se recomendaba á los amigos, no el «traje de etiqueta», sino que vinieran «acompañados de su respectiva dama.» De suerte que fué una fiesta regocijadísima, en que no escasearon los chistes ingeniosos, los piropeos de amor y los trizdis haciendo votos por la prosperidad y la fama de todos.

Pero, después de aquella noche carnavalesca, la buhardilla de los tres amigos, cayó en un silencio de celda de monje. Reinaban la independencia y el trabajo desesperado. Unidos, como siempre, por el mismo fin que perseguían, cada cual se aislaba en su alma, en sus sueños, en sus ambiciones. De vez en cuando, sonaba entre el público el nombre de cada cual, y producía el natural contento. Pero pronto no bastó esto á su ventura. Sentían que les faltaba algo, muy importante, para su dicha completa. Y empezaron, cada cual por su lado, á buscar aquello vago, desconocido y misterioso, que era como el recóndito, pero irresistible, imán de sus espíritus. Y sin confesar el uno á otro sus nuevas inquietudes y deseos, aunque moraban juntos, en realidad, vivían separados. Un día, al fin, dijo el pintor:

—Tengo que participaros una triste noticia. Me separo de vosotros.

—Y yo.

—Y yo.

Respondieron igualmente el poeta y el músico.

—Esta vida, que llevábamos,

—añadió el poeta,—era una vida imposible, artificial. Teníamos la amistad como lazo de unión; pero carecíamos del amor, que es el vínculo supremo, la felicidad divina. Estábamos *sin mujer*, y una vida sin mujer no es vida. Yo, por eso, me voy á habitar con una, que es mi sueño dorado, mi placer delicioso, mi inspiración fecundante.

Y lo mismo el músico que el pintor replicaron al poeta:

—Esa es mi opinión.

—Mi opinión es esa.

El músico añadió:

—Pero, yo voy á hacer algo más que formar una morada en unión de una mujer. Yo me caso. Y os invito á mi boda.

Y fué un caso digno de ver á los tres bohemios, camino de la iglesia, en medio de personas ordenadas y pacíficas, y entre bellas y honradas jóvenes. Iba á la cabeza de la nupcial comitiva el músico, y á su lado la novia. La alegría más pura irradiaba en sus rostros. Y no menos alegres, aunque un poco pensativos, iban el pintor y el poeta. Por sus cerebros pasaba sin duda la idea balagüeña del hogar tranquilo, cómodo, sin los ahogos de la miseria, sin las tempestades de las pasiones, sin los abismos abiertos á cada paso en las existencias impulsadas por las aventuras.

—Oye, Pedro,—dijo el pintor al poeta.—¿No te parece que debemos hacer lo mismo, es decir, casarnos también?

Tardó un rato en contestar el poeta. Sentía un amor inmenso á la libertad; pero, también sentía un instintivo horror á la soledad del alma, al abandono del corazón, al lecho del hospital como término del artista solitario. Aun estaba á tiempo; aun en su cabeza no había canas; aun la juventud le sonreía.



—Pues, bien, sí,—repuso Pedro.—También me caso.

Y acercándose a una de las jóvenes que formaban la comitiva nupcial, la dijo:

—Señorita, si acepta mi mano, hará usted la acción más noble, que pueda efectuarse en este mundo. Para todos los hombres, la mujer es el ser que complementa la existencia. Pero, para el artista es mucho más; es el ángel salvador, que le guía, le levanta y le dignifica. ¿Qué es el artista, el poeta, sin mujer? Olla que va y viene en los mares del sentimiento... Ameme, pues, señorita, y no se arrepentirá. Porque el artista, además es muy agradecido. Y reconociendo la acción benéfica de la mujer que le salva, sabe hacer de esa mujer, a par que su ángel, su diosa. La ama y la adora.

JOSÉ DE SILES

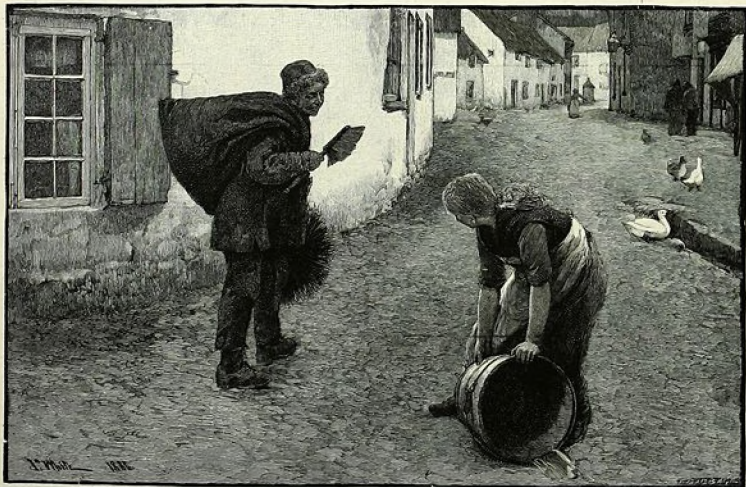
BELLAS ARTES

No hay tipo más universal que Oteló, desde el momento en que simboliza la pasión más universal también. Los celos, en efecto, son propios de todos los seres de la creación, como hijos de esas antiquísimas pasiones llamadas la envidia y el egoísmo. Desgraciados los celosos, pero más desgraciados aun los que son víctima de sus odiosas persecuciones.

En las aldeas no se diferencian en nada los celos de lo que pueden ser en las ciudades y palacios; Oteló puede revestir lo mismo la coraza que el frac, y en nada varía la especie tanto lleve sombrero de copa como una mala gorra ó un mal casquete. Este que ha representado White es un Oteló *antes de la letra*; se halla aun en el período de la inquietud y las sospechas, pero ya irá más adelante...

Justo es decir que en España y Africa se llevan la palma en la pasión susodicha, y por lo mismo encarnó Shakspeare los celos en un moro, y abunda tanto el tipo en nuestro teatro antiguo, así como en las novelas. Cervantes tuvo una verdadera obsesión por tratar de celosos, tomados, al parecer, del natural, y hoy en día, en nuestras clases populares son origen los celos de la mayor parte de los *feminicidios* que con tanta frecuencia se registran, dando abasto á la información periodística. Lo cual nos da patente de ser uno de los pueblos más primitivos y atrasados del globo terráqueo; verdad es que España es también un país donde hay muchos niños que mueren de *envidia*; se conoce que llevamos eso en la sangre y debe ser herencia de nuestros antepasados bereberes.

Muy lejano, sin duda, está aun el día en que la humanidad perderá sus resabios de animalidad y se guíe tan solo por los dictados de la razón. Mientras dominan las pasiones á expensas de la inteligencia no habrá felicidad en la tierra.



UN OTELÓ DE ALDEA, cuadro de J. White

TOCADOS DEL SIGLO XVIII

Mientras brilló en el cenit la estrella de Luis XIV, la corte de Versalles fué la que impuso la moda á Europa, (fuera de España y Austria, persistentes en la sombría vestimenta impuesta por los Hapsburgos); pero una vez llegó el ocaso del que era llamado el *Rey Sol* pasó á Inglaterra el cetro de la *fashion*. En este concepto las victorias de Blenheim y Ramilliers tuvieron todo el carácter de una revolución en la moda.



LUTO POR LUIS XIV

La influencia británica se dejó sentir muy especialmente en Alemania, Italia y los países del Norte, y lo que eran los tocados de aquellas damas puede verse por las silnetas que reproducimos de figuras de Hogarth y de Reynolds, así como de algunos de Chodowicz, que venía á ser una especie de Gavarri tudesco. Pero no se crea por eso que dejase Francia de conservar su antiguo y acreditado buen gusto, aunque su influencia internacional hubiese decaído en extremo.

El tocado de Mme. de Maintenon, según un retrato de Watteau, y el de luto por Luis XIV demuestran que aun en la declinación de aquel reinado había en Francia inventiva y elegancia, que subieron al más alto punto bajo el reinado de Luis XV, lo mismo en tiempo de la Pompadour que de la Dubarry. Y ahora si que puede decirse que Francia volvió á influir fuera de su territorio, y más que en ninguna otra parte en España, ligada á aquella por el funestísimo *Pacto de familia*.

Comparando esos tocados con los que aparecieron después, no se puede negar que hemos perdido.

El fatal *sombrero* impera en toda la línea, y se ha hecho un artefacto

indispensable para todos los actos exteriores, excepto los lutos rigurosos. Y aun menos mal si la superficie de tales tapaderas fuese razonable, pero en nuestros días ha llegado á tomar tan desahoradas proporciones en longitud, latitud y elevación, que de seguir así habrá que modificar la altura y la anchura de las puertas.

A la verdad no se ve por ninguna parte la inventiva de otras edades; los tocados de ahora son plagios desvergonzados de los que privaban, para determinadas ocasiones, en los siglos XVII y XVIII, pero no hay paridad entre las costumbres del día y las del tiempo de Rubens y de Reynolds. Por entonces era costumbre montar á caballo, hacer cabalgatas por campos y ciudades y tomar parte en caçadas, para lo cual era lógico se usaran sombreros de anchas alas, pero las señoras no iban á la iglesia ni al teatro con tales aditamentos, como sucede hoy en día, faltándose con ello á todas las leyes de la mutua consideración y respeto.

La cuestión de los sombreros en el teatro es, en efecto, más importante de lo que parece, y no se limita á lo que sucede de puertas adentro sino que tiene una marcada significación de desprecio al derecho ajeno, en aras á la vanidad femenina. ¿Se comprende, por ejemplo, que un amante del grande arte se gaste un duro ó seis pesetas por ver hacer el *Otello* á Zaccani, ó simplemente por ver *La Dolorosa*, y en vez de disfrutar del placer que tenía derecho á esperar se encuentre con un serón, una cesta, una marmita, una jaula, un arca de Noé, una espuerta, un paraguas, un sombrero de teja, un morrion, un *Don Pedro* ó una rueda de molino ofrecido á su contemplación y admiración en vez del moro de Venecia ó de



TOCADOS INGLESES, SIGLO XVIII, SEGÚN HOGARTH Y REYNOLDS

la mora de meson de Calatayud? Eso es profanar el templo de Talía, y cometer una grosería de marca mayor. Muchos privilegios, mezclados con incomprensibles prohibiciones, tiene concedidos el bello sex, pero no creemos que entre ellos deba incluirse el privilegio de molestar ni de defraudar la seguridad de gozar de un espectáculo por el cual se ha pagado.

¡Quien pudiera volver, por lo tanto, á aquellos tiempos en que no se llevaban sombrerazos, bastando un poco de tul ó unos cuantos palmos de cinta para adorno de la cabeza!

Y ahora, pidiendo mil perdones por la digresión, volvamos al *capítulo de los sombreros*, como dijo Molière y tradujo Moratin en *El médico á palos*.

Según dice un sapientísimo autor el uso de llevar sombrero tanto para adorno como para cubrir la cabeza se remonta ya que no á la noche de los tiempos, pues no sería menester *sombrero* para andar por la sombra, á la más remota antigüedad. Lo usaban ya los atenienses, y, —la verdad ante todo,—consta que en los días del legislador Dracon, los habitantes de la isla de Egina los llevaban hasta en los espectáculos. No hay que olvidar, sin embargo, que los teatros, arfiteatros y circos estaban dispuestos en forma de gradería.

Sábase de buena tinta que los espartanos llevaban sombreros de fieltro, y lo que es más, hacían como nuestros flamantes *panamistas*, hacían caer las alas delanteras para resguardarse del sol.

Para ir de viaje (pero solo para ir de viaje!) ó para estar al sol (solo para estar al sol!) dice Winckelman que las griegas usaban un sombrero de paja á la *tesaliense*, muy semejante á los que aun se usan en Italia, es decir, sin tener apenas copa. Lo cual, como se reconocerá,



MME. DE MAINTENON, POR WATTEAU

diste mucho de ser el sombrero mujeril de hoy.

Los sombreros de los antiguos, tal como el que llevaba Ismena (según resulta del *Edipo de Sófoles*), eran blancos.

Cabe á Carlos VI de Francia el honor de haber comenzado á usar sombrero para ir al campo, y á Carlos VII (no el de nuestros carlistas, sino también el de Francia) el de introducir su uso en las ciudades, si bien solo en tiempo de lluvia. A Luis XI (¡no podía ser otro!) le gustó muchísimo el sombrero, y lo llevaba en todo tiempo generalizándose la moda entre las naciones vecinas.

El pueblo y el clero llevaban capillas ó capirotes.

En España debimos el entronizamiento del sombrero á Felipe II, que lo traería sin duda de Flandes, como de allí vinieron también los *fieltros*, perpetuados hasta nuestros días, y que si son excelentes para el rostro hombruno, constituyen una verdadera maldición cuando, asentados sobre un moño, se interponen entre el espectador y las tablas.

Por donde se ve que lo poco que hemos inventado ha sido una calamidad y que sería bueno volver á los tiempos de Esparta.

MIGUEL MAULEÓN



TOCADOS ALEMANES DEL SIGLO XVII

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 79.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsénio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Una orgía de sangre, por A. Vigny.

Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkewicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.

Solos, por Pedro Zaccane.

La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

••

Ya no es ningún secreto en España ni en Tonkin que no hay mejor callicida que el del gran LADIVONSIM.

REFRAN ACERTIJO-JEROGLIFICO



Los seis fragmentos precedentes constituyen un jero glifico, pero hay que acertar por cual se empieza, para que dando la vuelta hasta tomarlos todos se pueda leer un refrán que denota que los que están enojos.

dos con alguna persona, no hallan cosa buena que decir de ella.

••

La magnesia San-Imol es un purgante excelente; lo dice toda la gente desde Cadiz hasta Angol.

TARJETA

Teresa Lisad

y Dolan

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

ALEJANDRO CASANOVA

TALLOS

Pese á quien pese, morena, te llamaré radical: por que me quitas las penas, con los besos que me das.

¿Dices que por qué me asusto? —Porque miro á cualquier parte, y se me figura un busto, parecido al de tu madre.

Si te atormenta el dolor por que te falta cariño, pídemle besos de amor, que los sirvo á domicilio.

No falta quien califica al suicida de loco y yo, me creo demente, porque me miro en tus ojos.

No pretendas consolar, á quien lágrimas derrama que si llora de verdad, será inútil lo que hagas.

Mira qué fatalidades, que me precio de discreto, y has conseguido engañarme, otra vez después de aquello.

El caballo de Santiago, con tener tanta potencia, creo se hubiera cansado, si le cargan una suegra.

Aunque mucho discurrí, nunca llegué á comprenderlo: siendo mi amor tan feliz, ¿porqué al Amor pintan ciego?

FELIX PÉREZ SERRANO

EPIGRAMA

—¿Quién es aquel buen señor que tanto charla?

—Bosqueta,

un aplaudido poeta de obras mil refundidor, un chico con vocación que asombrará al mando entero... —¡Ah, vamos, sí, un zapatero de portal... ¡un remendón!

TEODORO E. GUZMÁN

JEROGLÍFICO RETÓRICO



Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

1. los pasatiempos del número anterior
Tarjeta.—Campanero y sacristán.

B	N
1.—C 6 A	1.—R toma P de R
2.—T 3 A R	2.—P 6 D
3.—C 5 T	3.—R 5 R 6 P 3 6 4 A
4.—T 3 R (mate).	

Charada gráfica.—

MA.—CE.—DO.—NI.—A
1.ª 2.ª 3.ª 4.ª 5.ª

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. del R.—Madrid.—Andan mercedados en su sueno los versos buenos con los malos, de manera que... ¡tu no vas!

F. P. S.—Madrid.—Perfectamente.

J.—Almería.—En cuanto veo que luz consueña con copos ya no sigo.

A. B. R.—San Feliu de Guixols.—Iran algunos cantares.

Lucas Gomez.—Barcelona.—¡Tu distis!

M. N.—Segovia.—Oráme usted: vale más dejar en paz á esos señores, que tengo para mí no han existido nunca.

R. S.—La Coruña.—Aceptado el artículo.

E. S.—Cádiz.—En gracia Real de su romance, debia de producir mucho efecto en tiempo de las Cortes de la guerra de la Independencia.

J. J.—Buenos Aires.—Abundancia de tal manera los americanismos en su Decadente que la mitad de nuestros lectores se quedaría en ayunas.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBÉRICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

REPÚBLICA ARGENTINA



ARTILLERÍA DE MONTAÑA: SOLDADO